

David Blanco Laserna

LA ISLA BAJO EL MAR

CÓDIGO
CIENCIA



ANAYA

A Inés, un mar cargado de tesoros.

1.ª edición: mayo 2014

© del texto: David Blanco Laserna, 2014
© del diseño e ilustración: Puño, 2014
© de las fotografías e ilustraciones del apéndice:
Archivo Anaya, David Blanco Laserna, Raquel Mancheño
y Puño (retrato de Marie Tharp)
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-6138-9
Depósito legal: M. 8513/2014
Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las
establecidas por la Real Academia Española
en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

CAPÍTULO PRIMERO	
Ladrón	7
CAPÍTULO SEGUNDO	
Cíngaro	16
CAPÍTULO TERCERO	
Hallucigenia	25
CAPÍTULO CUARTO	
Mapas	33
CAPÍTULO QUINTO	
Leyenda	37
CAPÍTULO SEXTO	
Rumbo	45
CAPÍTULO SÉPTIMO	
Centinela	54
CAPÍTULO OCTAVO	
Volcán	65
CAPÍTULO NOVENO	
Oxígeno	76

CAPÍTULO DÉCIMO

Fiebre	89
------------------	----

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Historia	98
--------------------	----

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Corazón	110
-------------------	-----

APÉNDICE

PERO ¿A QUIÉN SE LE OCURRE?	119
---------------------------------------	-----

Marie Tharp	119
-----------------------	-----

LOS ARCHIVOS DE CÓDIGO CIENCIA	131
--	-----

¿Quién mora en las profundidades?	131
---	-----

Los alquimistas de la oscuridad.	136
--	-----

EL ENEMIGO EN CASA	141
------------------------------	-----

Descubre el tiburón que llevas dentro	141
---	-----

¿TE ATREVES A...?	147
-----------------------------	-----

Poner en marcha un océano en casa.	147
--	-----

CAPÍTULO PRIMERO

Ladrón

En la tarjeta pegada en la vitrina pudo leer que el disco de metal, al que la linterna arrancaba un centelleo dorado, tenía más de cinco mil años de antigüedad. Había dos maneras de robarlo. La primera exigía paciencia, una habilidad extrema y un instrumental sofisticado. Rui contempló con aire crítico el contenido de su mochila, que había desperdigado por el suelo, a su alrededor: una toalla, una mascarilla, unas pinzas, una rueda de madera, un par de ventosas y un diamante. Sostuvo este último entre la punta de los dedos y lo examinó indeciso bajo el haz de la linterna. El Dudu le había jurado por su tía Bebela, la que vendía piñas en un puesto de la Rua do Meio, que era un diamante de Amberes capaz de cortar cualquier cristal. La verdad, desprendía el mismo *glamour* que el vidrio de una botella de gaseosa.

Rui se rascó el cráneo rapado con un gesto nervioso. «Está bien —pensó—. Vamos a hacerlo con clase. Con elegancia». Colocó con delicadeza la rueda de madera contra una de las caras de la vitrina y trató de repasar su contorno con la punta del diamante. El cristal protestó con un chirrido espan-

tosos. Rui mascullo, se enjugó las gotas de sudor que le resbalaban por la frente y lo intentó de nuevo... Segundos después arrojó el diamante contra la cabeza de una momia que si no tenía cinco mil años de antigüedad, pocos debían de faltarle.

«¡Al cuerno la elegancia!». Existía otra manera de robar el disco. Se envolvió el brazo en la toalla y descargó un fuerte puñetazo en el centro de la vitrina. La luna estalló en una lluvia de fragmentos, que se derramaron por el piso de madera. Siguió dos segundos exactos de silencio. Rui había apartado la cara y cerrado los ojos para protegerse de la avalancha de cristales. Ahora se volvió para contemplar el disco, cuajado de esquirlas resplandecientes, que brillaba con más fuerza que nunca bajo la luz cruda de la linterna. Le produjo la impresión de que no pertenecía a este mundo.

Una alarma atronadora hizo bailar los cuencos y platillos de la sala y puso a castañetear los dientes de las momias. Las luces se encendieron, desvaneciendo cualquier sombra en la que Rui pudiera esconderse. El joven se apresuró a recoger el disco. Su corazón se aceleró al tocarlo. Le sorprendió el tacto áspero del borde, que le raspó la yema de los dedos. Lo guardó en la mochila y se la cargó a la espalda. El eco multiplicó el tropel de pasos que estremecían la escalera principal del Museo Arqueológico de Ponta Delgada, en las islas Azores. Rui había escogido el momento del robo con absoluta deliberación, a las seis de la mañana. Justo una hora antes del cambio de turno, cuando los guardias, después de una noche de vigilia, estarían más cansados. Estimó que irrumpirían en la sala pasados diez segundos. Al deslizarse junto al control de la entrada, se había fijado en que iban armados.

La Sala de Arqueología Submarina, donde se encontraba, era una verdadera ratonera. Se llegaba hasta ella a través

de un estrecho pasillo sin puertas ni ventanas, que iba a parar justo al arranque de la escalera cuyos peldaños subían ahora los guardias de dos en dos. La sala no ofrecía otras salidas. Se alzaba como un cilindro de ladrillo, coronado por una claraboya que apenas dejaba pasar la cenicienta luz de la madrugada. Pero Rui era un ratón escurridizo. Fijó la vista en el círculo de ventanucos, encajados en la base de la claraboya. En un segundo completó los cálculos y se puso en movimiento. Se izó a pulso sobre un mueble acristalado, que exhibía varios códices, y, con una pirueta, se encaramó a lo alto de una columna. Resultó mucho menos sólida de lo que esperaba: ¡no era de piedra, sino de cartón! La columna basculó peligrosamente. Antes de que se viniera abajo, la abandonó de un salto y cayó sobre un expositor, atestado de figuritas de terracota. Salieron disparadas y se hicieron pedazos contra el suelo, en un revoltijo de escudos, brazos y cabezas de arcilla que se mezcló con los cristales rotos de la vitrina. Rui tomó aire. Su expediente criminal engordaba por momentos: al intento de robo había que sumar ahora los cargos de vandalismo y destrucción de patrimonio histórico.

Cuando por fin logró trepar hasta uno de los ventanucos, observó embobado una fila de tres barrotes que le cortaban la huida. Al otro lado se extendía la Rua dos Mercadores, que a esa hora de la madrugada se mostraba casi desierta, como un decorado abandonado. ¿Cómo había cometido la estupidez de no fijarse antes en aquellos barrotes? Los sacudió con indignación. ¿A quién se le había ocurrido ponerlos allí?

—¡Eh, tú! ¡Mono! Baja ahora mismo de ahí o te frío de un balazo.

La voz del vigilante había sonado desgañitada y nerviosa. Rui frunció el ceño. Volvió la vista abajo y consideró

la posibilidad de hacer frente a los guardias. Eran tres. Uno medía más de un metro noventa y enarbolaba unos brazos descomunales. Le dolió solo imaginar el efecto de uno de sus puñetazos. Detrás de ellos, en el centro de la sala, destacaba una monumental maqueta de madera que reproducía el fondo marino en torno a las Azores. Las nueve islas se levantaban del suelo oceánico como voluminosas estalagmitas. En un extremo, el punto más alto del archipiélago, la cumbre del volcán del Pico, quedaba a dos metros del tragaluz. De inmediato, a Rui le apeteció intentarlo.

Dejó atrás el ventanuco y se arrastró por la pared como una araña, agarrándose con los dedos y las puntas de los pies a las hendiduras entre ladrillos. Cuando quedó a una distancia prudencial, se arrojó sobre la maqueta. Los guardias se precipitaron tras él. Aunque trató de concentrar toda su atención en cada paso que daba, para no resbalar sobre el relieve del volcán de madera, una inquietud lo distraía como un moscardón pegajoso: ¿se atreverían a disparar? El punto de mira de una pistola le fue siguiendo, en efecto, a medida que escalaba, hasta que una mano desvió el cañón en el último momento.

—¿Qué haces? ¡Es solo un niño! —oyó exclamar a otro de los vigilantes.

«Y un cuerno, un niño», se dijo Rui, mientras sus pies se impulsaban en la cumbre del volcán de la maqueta y lo proyectaban hacia lo alto. Sus manos se aferraron a una de las vigas del armazón metálico que sustentaba el techo. De una patada, abrió un boquete en la claraboya y los guardias se apartaron para evitar la catarata de cristales. Desde la viga no le resultó difícil alcanzar el tejado. El viento infló los pulmones de Rui con una bocanada de aire cargado de salitre. Al verse fuera, recibió una inyección de

adrenalina. Corrió como una liebre, y al llegar al alero del tejado, el vértigo no lo detuvo. De un salto salvó la distancia que lo separaba del edificio de enfrente. Suavizó el impacto contra las tejas con una voltereta, rodó unos metros y se puso en pie sin frenar su ímpetu, que aprovechó para descender por un canalón hasta la calle, con la misma celeridad con que un bombero se desliza por su barra de metal. Rui era un acróbata urbano, lo que los franceses llaman un *traceur*. Trepaba por las paredes, se deslizaba por la cornisa de los edificios y las barandillas o brincaba por encima de los coches como si no existiera obstáculo capaz de frenar su marcha. Hay que reconocer que aquellas hazañas no tenían el mismo mérito en París que en Ponta Delgada, donde los edificios rara vez superaban las tres plantas. Para los habitantes de la isla, Rui se había convertido en una figura familiar, con su cabeza rapada, sus pantalones militares y su chaqueta morada con capucha. Solo los turistas se sorprendían al descubrirlo sentado sobre los arcos de la Puerta de la Ciudad, encajado en una de las letras luminosas de la marquesina del Teatro Micaelense o durmiendo en el bote salvavidas de alguno de los cruceros que atracaban en el puerto deportivo.

Una vez fuera, los guardias estaban en clara desventaja. Rui conocía los recovecos de Ponta Delgada como un lobo de mar su atolón. Cuando los tres vigilantes salieron a la puerta del museo, con la lengua fuera, no supieron en qué dirección seguir corriendo. Los únicos testigos que habían visto por dónde había huido Rui eran un par de gatos callejeros.

Cinco minutos después, sentado bajo una de las campanas de la Iglesia Mayor de São Sebastião, donde solo se exponía a la curiosidad de las gaviotas, Rui recuperó el aliento, mientras asistía al preciso instante del amanecer.

La frente del sol asomaba al borde del mar, incendiando una telaraña de nubes rojas. Abajo, en la plaza Gonçalo Velho, don Silveira recorría el cierre metálico del bar Kraken y a Rui le entraron ganas de desayunar.

Antes de llenar el estómago, sin embargo, quiso echar un vistazo al objeto que acababa de robar. Al sostener el disco en la palma de la mano, un cosquilleo eléctrico le recorrió la espalda. Recordó el nombre que había leído en la tarjeta de la vitrina: el Halo de Mauri. Los primeros rayos del sol le arrancaban ahora brillos de oro y esmeralda. ¿En qué aleación lo habrían forjado? ¿De verdad tenía más de cinco mil años? Cada canto parecía cortado con la precisión de un láser. Mostraba una sorprendente ligereza, pero no transmitía ninguna fragilidad. Rui estaba convencido de que si lo dejaba caer desde el campanario llegaría al suelo intacto. En el reborde áspero, acarició con la yema del dedo una cordillera irregular de picos diminutos y afilados. Tanto el anverso como el reverso exhibían una lisura casi perfecta, solo interrumpida por seis orificios, que parecían dispuestos al azar, como estrellas de una constelación incierta. Una leyenda adornaba el contorno, con un círculo de símbolos desconocidos para Rui. No correspondían al alfabeto cirílico ni se trataba de ideogramas chinos. Si se asemejaba a algo familiar, era a un jeroglífico egipcio o maya, pero a Rui le pareció otra cosa.

Desde el fondo de la calle, el aullido monótono de las sirenas de la policía espantó a una gaviota, que se acicalaba las plumas a su lado. A través de una ventana abierta, le llegó el pitido de un despertador. Con la espalda recostada contra una de las campanas, Rui recapacitó. Cabía la posibilidad de que alguno de los vigilantes le hubiera reconocido. No le preocupaba lo más mínimo que

fueran a buscarlo. Si se lo proponía, no darían nunca con él, aunque viviera en una isla de doscientos kilómetros cuadrados, clavada en el centro del océano Atlántico. Pero Rui contaba con un punto débil: su hermana Misia. Devolvió el disco a la mochila y con un salto limpio aterrizó en el tejado de la iglesia.

El lunes pasado alguien había llamado con los nudillos a la puerta de su casa. El timbre no funcionaba. Después de arrimar un ojo a la mirilla y reconocer al funcionario de servicios sociales, Rui había dado media vuelta, había recogido a Misia, la había montado a caballito a su espalda y juntos se habían escabullido por una ventana. Desde luego, los del ayuntamiento no perdían el tiempo: no habían pasado ni cinco horas desde que ingresaran a su madre en el hospital. Tenía que admitir que su familia era un auténtico desastre, con su padre dado por desaparecido y su madre diagnosticada de esquizofrenia, pero el centro de menores era un desastre peor todavía. Mientras Rui pudiera ocuparse de su hermana, no permitiría que la volvieran a encerrar allí. Misia llevaba tres días escondida en casa de Andiara, una cocinera de la residencia de ancianos donde Rui trabajaba a veces. El joven confiaba en ella, pero de todos modos, experimentó un mordisco de inquietud.

Con sigilo, aprovechando que Ponta Delgada ni siquiera había comenzado a desperezarse, se deslizó como la sombra de una lagartija por tejados, balcones y fachadas, hasta descolgarse por una ventana del barrio viejo, con los postigos pintados de verde. Sus pies se posaron con suavidad en el suelo enmoquetado de una habitación en penumbra.

—¿Misia?

Nadie le contestó. Rui tampoco aguardaba una respuesta. Según el doctor Da Cunha, las cuerdas vocales de

Misia gozaban de una salud envidiable, pero jamás las usaba si no era para gritar. Cuando se acostumbró a la oscuridad, distinguió la silueta de los muebles. Encendió la lámpara infantil, con forma de luciérnaga, que colgaba encima de la mesilla. Rui se inclinó sobre las sábanas. La cama estaba deshecha y vacía. No había nadie más en el cuarto. En apariencia. Exploró cada palmo del suelo, miró detrás de la puerta y en el interior de un pequeño armario empotrado. A Misia le encantaba esconderse. Salió con paso decidido al pasillo. Entró en el baño, apartó la cortina de la ducha... El piso era pequeño. Sorprendió a Andiara tirada en el sofá del salón, durmiendo con la televisión encendida. La puerta que daba a la calle estaba abierta de par en par.

Rui agarró a la mujer del hombro y la sacudió sin contemplaciones.

—Misia, ¿dónde está Misia? ¿Eh? ¿Dónde está? Dime.

—¿Eh? —Andiara tardó varios segundos en comprender, primero, dónde estaba, después, quién le estaba chillando y, por último, por qué—. ¿Misia? En su cuarto... Está...

Rui sintió un golpe de vértigo. Su hermana se había perdido. Soltó a Andiara con un bufido de impotencia y rabia.

—¡No vales para nada!

Buscó a Misia en el portal, entre los contenedores de basura del patio trasero, en la oscuridad del cuarto de bicicletas... Nada. Dio la vuelta a la manzana. En un cruce, contra la claridad lívida de la primera hora de la mañana, resplandecía el escaparate del único comercio abierto, la panadería de São Martinho. Rui se asomó: solo encontró a la señora Poliana, despachando un cajón de barras de pan al encargado de un bar. Ya que estaba, Rui aprovechó un descuido para robar un par de cruasanes. Mientras masticaba, recorrió la calle arriba y abajo, tratando de adivinar

adónde habría podido ir su hermana. No resultaba fácil ponerse en la piel de Misia. Para empezar, nadie sabía con certeza qué clase de pensamientos germinaban en su cabeza. Unas veces, a Rui le parecía un genio y otras que tenía la misma inteligencia que un taco de madera. Era incapaz de hacer amigos. Tampoco tenían más familia, a no ser que se hubiera ido a buscar al tío Beto, un marinero que ahora estaría faenando en algún caladero del océano Índico.

La idea del mar inspiró en Rui una repentina iluminación: ¡los delfines! Hoy era jueves y, antes de que se llevaran a su madre y ellos tuvieran que esconderse, Misia acudía todos los jueves a una sesión de terapia con delfines. Rui tardó quince minutos exactos en llegar al puerto. Su sexto sentido le dictó que no se adentrara demasiado en el muelle. Antes, se encaramó a lo alto de una grúa y oteó los alrededores, como un vigía a la caza de tierra firme. Una cuadrilla de estibadores se atareaba con los contenedores de un carguero con bandera de Islas Marshall. Un poco más allá, no le costó localizar la zódiac de la doctora Continho, con la quilla neumática pintada con medusas coloradas. Rui no era el único que parecía interesado en ella. Camino de la lancha, divisó a una pareja de policías, acompañados de una funcionaria de servicios sociales.

Rui apretó los dientes. Salir al encuentro de la policía, con un tesoro arqueológico robado en la mochila, era como meter la cabeza en un avispero. Pero en medio de las avispas estaba indefensa su hermana, así que, por supuesto, ni siquiera se lo pensó dos veces.

Zóticus Madrás, un viejo espía retirado, descifra el jeroglífico de un antiquísimo disco de metal que conduce hasta una civilización perdida en el fondo del mar. En su camino, se cruzarán una oceanógrafa empeñada en una peculiar venganza, un joven ladrón y un cazador de tesoros tan encantador como peligroso. En la región más profunda del océano Atlántico, en una tierra de volcanes submarinos y criaturas extraordinarias, les aguarda un secreto que cambiará sus vidas para siempre.

En este libro encontrarás:

- Una breve biografía de Marie Tharp, cartógrafa de lo desconocido
- Las pruebas de que escondes un tiburón en tu interior
- Un catálogo de insólitas criaturas submarinas
- Instrucciones para poner en marcha tu propio océano en miniatura

Y ampliarás tus conocimientos en:

- Ciencias de la Naturaleza (Biología y Geología)
- La deriva continental
- El calamar gigante
- El origen de la vida
- La evolución del cuerpo humano

ISBN 978-84-678-6138-9



9 788467 861389

CÓDIGO
CIENCIA

A partir de 12 años